

AGUSTINA ZARAGOZA ENTRE HEROÍNAS

No es mi intención hacerle cambiar de opinión a propósito de Agustina Zaragoza. No ignoro que su arrojo admiró al orbe, ni aquel coraje final que le permitió trepar sobre los cadáveres y la humareda de la pólvora, agarrar la mecha candente de la mano del sargento de artillería que había sido derribado y prender el cañón. Toda su proeza es ésta: la gloria de un segundo de valentía. Su único blasón de inmortalidad.

No crea que desdeño al personaje ni el proyecto de su película. Más bien es una advertencia: Agustina es una criatura inconsistente, efímera, que sólo resplandece en la memoria sublime de aquella contienda. Su figura más espesa que juncal, desenvuelta de paños y casi despechugada en medio de la polvareda, sólo se eleva de verdad en aquel momento en que decide parar al invasor aun a expensas de su propia vida, sin importarle que tres días antes se haya casado, por segunda vez, con el capitán Luis de Talarbe. Pero ese único argumento no basta para una obra de arte: es en sí mismo una obra de arte. Debe saber que hubo otras mujeres, tocadas por la misma palidez de un romanticismo heroico. Algunas más constantes en el combate, más huidizas en su anónima grandeza. También sufrieron heridas y ultrajes, pero no renunciaron a una resistencia desesperada. Entre las ruinas y la caída de los obuses, entre los dragones sedientos de sangre y las empalizadas de los defensores, parecían llevar en la boca el grito obsceno del general Palafox: «Guerra y cuchillo». Ese mismo alarido de desafío y de dignidad. Infundían valor a los combatientes, les inflamaban el ánimo mientras les limpiaban una herida de bayoneta o la huella de una explosión en las extremidades, y les contagiaban de ira.

¿Sus nombres? Muchas son sólo eso, nombres: heroínas cuyas hazañas se esfuman. Pienso en María Lostal, Josefa Vicente, Catalina de Mondragón. Otras nos han dejado un rico anecdótico de las batallas. E, igual que la indómita Agustina, respondieron con un desorden brusco de la sangre. María Agustín (permítame empezar por



ella) contaba algo más de una veintena de años. Podía ser labradora en las vegas del Gállego y lucía pelo moreno y rizado. Su fortaleza corporal no empañaba una belleza primitiva y ritual, pero cautivadora, hecha de blancura en el rostro, de elegancia en los andares y de ternura matricial. Su colaboración en los Sitios no fue sólo accidental. Sus paisanos, a pecho descubierto y casi huérfanos de metralla, intentaban detener a las huestes forasteras. Avanzaba desde San Pablo hacia el Portillo con una espuerta de cartuchos y vasijas de aguardiente y agua. Un día, una bala le rajó el cuello y fue ingresada en el Hospital; una vez que le limpiaron la herida, se levantó y volvió al campo de batalla. Allí, en ese tránsito laborioso del barrio al campo de reyertas, se desvanece su biografía, aunque se sabe que fue honrada por Fernando VII. Esto no es extraordinario. Casi todas las mujeres que destacaron en las refriegas, obtuvieron el favor del monarca retornado y pensiones vitalicias de distinta consideración. La propia Agustina fue nombrada subteniente de infantería y vio incrementadas sus ganancias en una cantidad considerable a las puertas de la vejez.

He de hablarle de Casta Álvarez. El pintor Marcelino de Unceta nos ha dejado la estampa de un doncella briosa, de cara redonda y bien conformada. La mirada es intensa y su determinación implacable; aunque los gestos son remansados y las facciones cálidas. Contaba 22 años: los mismos que Agustina. No se arredró ante las mesnadas del mariscal Lannes. En un principio, como la mayor parte de la población femenina, socorrió a los combatientes con víveres y municiones. A medida que se recrudecía la guerra y que Zaragoza se convertía en un polvorín de homicidios caprichosos, decidió salir a la calle. Apresó un palo y lo anudó a una bayoneta. Combatió en los dos Sitios a la ciudad hasta la derrota final. Sus últimos días se pierden en la nebulosa de la mitología popular. Al parecer, la nostalgia de su juventud acabó por trastornarla y llevó una existencia atrabiliaria en Cabañas de Ebro. Los niños creían que era una endemoniada. Algunos solían vigilarla y decían que se alimentaba de cieno, de sangre de pollo y de flores de calabaza. Se lavaba semidesnuda al atardecer en un vado del río y hablaba en latín con los corderos durante sus delirios. Temía el vuelo de las águilas y no podía soportar los ruidos. Por eso cuando murió con cerca de 60 años, los muchachos salieron a las callejas, a las plazas y a los campos a berrear: «Sabadlo, ha muerto la bruja».

Como Agustina Zaragoza, la condesa de Bureta también era catalana. Quizá fuese la más frágil de todas: era baja, liviana y muy bella. Puedo precisar más: era proporcionada. Bonita. Pecho justo, talle angosto y labios carnosos, la cabellera lisa y las mejillas pulposas de fresa y nata. Le apasionaba la música y pintaba con más que distinguida corrección. Su comportamiento durante la guerra fue ejemplar. Demostró que despreciaba el peligro y que poseía un corazón belicoso. Su segundo marido, Pedro María Ric, había sido afortunado en su elección. La condesa cedió su cómoda mansión a los soldados y refugió en las estancias, forradas de seda y de pinturas de historia natural, a los maltrechos. Operaba con toda naturalidad en el transporte de víveres y aguas, y aportaba buenos capazos de municiones. Tal vez su gran mérito

radique en que el célebre y cruel *cuatro de agosto* organizó batallones femeninos; en el segundo Sitio sufrió un aborto en las trincheras y en su propio pueblo comandó partidas clandestinas que provocaron más de una treintena de muertos. Falleció demasiado joven, pero antes de su definitiva derrota dio muestras de una gran insolencia contra los agresores: maquinalmente y con una sangre fría alarmante colgó y quemó una efigie de Napoleón Bonaparte.

Aunque la gran amazona local no fue otra que Manuela Sancho. Era campesina, montaraz y hombruna. Corpulenta y algo desgarbada, tenía pronunciados bigotes. Dicen que era ancha de caderas, opulenta de hombros y fibrosa de carnes. Asistió con viandas y pólvora a los resistentes, aunque de inmediato se comportó como un artillero infatigable manipulando obuses. Se encerró en el convento de San José con la tropa del coronel Renovales y resistieron el cerco hasta la desesperación. Todo el recinto estaba murado de cañones y patrullas de demolición. Algunos meses después, cuando se hubo amortiguado la oposición aragonesa y la batalla comenzó a librarse de casa en casa, Manuela Sancho salió a pelear fusil en mano. Pensó que la ciudad, incendiada y arrasada por todas las esquinas, se había convertido en una gran hoguera de espectros y asesinos, de francotiradores y escombros, de mutilados y de camilleros. Fue alcanzada en el vientre pero no se amilanó. Volvió a empuñar su arma y disparó con ceguera, con asco, con estupor. Envejeció en calma y con nostalgia cerca de los cuarteles de Artillería. Sus gestas eran tan célebres que el regimiento de caballería le rendía homenajes periódicos a base de conciertos de trompeta e improvisaba desfiles ante sus ventanas.

No sé si lo habré convencido. No me he olvidado de la Madre Rafols, que sería encarcelada durante tres meses y azotada a palos, pero su labor fue más sutil. De un heroísmo silencioso y subterráneo. Cuando el Hospital de Nuestra Señora de Gracia se quedó a su cargo, comprobó que se había rebasado la cifra de más de seis mil moribundos. La miseria, en los salones y en las camas, adoptaba formas ruines que abrasan cualquier entendimiento: la sangre derramada y la carne desprendida convivían con la sed, la peste y el hambre. En más de una ocasión, salió oculta en el velo de la noche hasta la tienda del feroz Lannes con la intención de pedirle amparo y vituallas. Curiosamente, el agrio militar cedió a sus ruegos.

No crea que he estado esquivando el objeto de su película y de su consulta. La existencia de Agustina de Aragón es un tanto contradictoria y, a veces, ambigua. ¿Quién fue exactamente aquella muchacha que subió a un carruaje en Barcelona, con destino a Zaragoza? Era viuda de un militar conocido por Roca. Unas semanas antes de su partida le habían comunicado que había fallecido en Amposta; aunque sucesivas voces variaron el lugar del óbito e incluso el modo en que halló la muerte. Unos le dijeron que lo habían visto caer a su lado durante un bombardeo en la misma Barcelona; otros subrayaban que había sido una muerte limpia y espeluznante del impacto de una bayoneta. Y otros sugerían que había finado en alguna región de la costa a consecuencia de las epidemias y que había sido arrojado al mar desde los cantiles.

En aquel viaje coincidió con el capitán Luis de Talarbe. El militar inició el cortejo. «La melancolía destruye vuestra natural belleza», le dijo. No era la primera vez que se veían ni iba a ser la última. Se casaron casi de inmediato y desde ese momento, hasta ese desenlace impensado de Valencia que tanto le fascina, llevaron una vida impulsiva de encuentros y adioses. Agustina era una mujer ardiente e impetuosa. Tenía los cabellos negros y una aparente tristeza ensombrecía sus ojos oscuros, la tez nevada y aquel cuello admirable y terso. Nada le hacía presumir al militar que se unía a una hembra feroz y osada, capaz de ahuyentar a un pelotón de soldados galos desde la portalada del Portillo. Aseguran que el propio Palafox contempló la proeza, suspendido y atónito: desde su caballo vio cómo un soldado leal agonizaba con una mecha encendida. De repente, irrumpió una mujer que arrojó el cuerpo hacia adelante, quebró la opresión de los refajos y el justillo y comenzó a disparar el cañón sin importarle el temblor de la tierra, ni las brechas en las tapias. Los disparos destrozaron la columna enemiga, que se dio a la fuga. Talarbe tuvo que acostumbrarse a aquel carácter destemplado, a aquella rasmia de loba voraz. Él tenía que partir continuamente en busca de nuevas estrategias, pero cada vez que se hallaban en cualquier rincón, en las calles obstruidas por blindajes o bajo las conventos ruinosos, saciaban una pasión sin resquicios. Recorrieron casi todo el país; viajaron en caravana al sitio de Teruel, donde Agustina volvió a dar muestras de su temperamento agresivo. Posteriormente, se trasladaron a Andalucía y recibieron diversos homenajes de los ingleses. La celebridad de la catalana era universal. En el mundo entero se relataba su aventura y su nombre circulaba de boca en boca, entre la admiración y la perplejidad de las gentes. Por eso, cuando llegó a Cádiz, todo fueron parabienes, calor popular y regocijo, aunque ocurrió un detalle desagradable. Una mujer desconocida, sabedora de la odisea hacia el sur de Agustina, se hizo pasar por ella. Fue descubierta, pero durante unos meses sembró el desconcierto y el equívoco por todo el país. La impostora llevó una vida disoluta e indigna de una dama de tanto renombre. Al menos, eso dicen algunos biógrafos. Otros sostienen lo contrario: afirman que la moralidad de la heroína era dudosa y su promiscuidad más que evidente.

Agustina Zaragoza y su marido fueron recibidos en salones suntuosos de candelabros, retratos de soldados y aristócratas encerrados en marcos de plata, y paredes recamadas de damascos. Los británicos, completamente fascinados por su leyenda, le solicitaron sus sortijas y pendientes para enviarlas a los museos de Londres. A cambio la obsequiaron con pistolas trabajadas en oro, plata, nácar y marfil; en Sevilla, el conde de Wellington le ofreció una daga y le concertó lecciones de esgrima y de hípica. También la invitaron a Gibraltar, donde se produjo un hecho insólito. Allí los pintores le rogaron que posase ante ellos para atender una desproporcionada demanda de retratos suyos que les llegaba de toda Europa. Le pedían que se mudase de vestuario e incluso de paisaje. A unos les encantaba captarla con la luz rojiza del arbol del albor sobre un fondo de peñascos; otros preferían las avenidas de los cañones desportillados e incluso hubo alguno que contrató peinadoras y modistas

para eternizarla en todo su esplendor. Por entonces, recibió una invitación formal del monarca Jorge III para que visitase Inglaterra pero Agustina no quiso dejar por sus promesas su amada patria ni siquiera un día.

Su actividad era incesante y a veces parecía una pieza de lucimiento nacional. Ora vestía un uniforme de caballería y cabalgaba a lomos de un corcel junto a su marido; ora asistía a fiestas galantes de la nobleza y las embajadas; ora se repartían daguerrrotipos suyos entre la multitud. Lentamente fue alejándose de las vanidades palaciegas y retornó a las primeras líneas de fuego, aunque el recuerdo de su epopeya empezaba a extinguirse. Se instaló en Valencia con su esposo y allí, en una vida tranquila de jardines y nostalgias, decidieron consolidar su unión y fijar su residencia definitiva. Cuando parecía que la felicidad del hogar ya era absoluta, reapareció una sombra del pasado. Un atardecer, mientras conversaban en el huerto de su casa, un criado le entregó una carta a la señora. Apenas tuvo que leer la rúbrica final para entender aquella escritura: era Roca, su primer marido, y el texto había sido escrito hacía menos de un mes. Decía que sabía sus devaneos, su matrimonio con Talarbe, sus epopeyas de retaguardia, pero que todo se lo perdonaba. Sólo deseaba volver a su lado. Un estremecimiento helado le recorrió la piel y la erizó instintivamente. ¿Qué iba a hacer ahora? Lo pensó en silencio y, tras unos días de meditación, decidió alejarse de ambos maridos. Indujo, bañada en llanto, al capitán para que se marchase a hacer fortuna a América.

Algunos meses después, cuando se prestaba a viajar a Barcelona para ver a su primer esposo, le llegó la noticia de su muerte natural. Ahora nada le impedía el reencuentro con el capitán Talarbe. Ese amor, sin embargo, encerraba un maleficio: al cabo de unas jornadas le cursó una epístola desoladora donde le anunciaba que se acababa de casar y que estaba a punto de retornar a España con los honores de general. Agustina se sintió traicionada por el destino y decidió retirarse a Ceuta del brazo de un joven militar, Juan Eugenio Cobo, con la convicción de que los héroes no desaparecen nunca, sino que hallan un santuario perpetuo en la memoria del mundo.

Como ve, querido amigo, la historia de esta dama no difiere en exceso de las demás. O tal vez sí, porque este texto que le envío es únicamente el rastro de un sueño, el espejo de un mito. ¿A quién puede molestarle de veras que Agustina Zaragoza fuese un prostituta de Lérida que venía siguiendo a su novio y que no hubiese disparado jamás el cañón, tal como revelan algunos historiadores? Agustina de Aragón fue una aparición fugaz entre heroínas y merece ya ser una criatura de la imaginación. ❧

